

rioso pontificado de Inocencio III; pero el apogeo de su poder es al mismo tiempo el principio de su ruina. La lucha vuelve á comenzar más furiosa que nunca; no cesa sino cuando ya no hay Imperio y cuando casi no hay ya Pontificado.

SECCION II. — INOCENCIO III.

§ I. — Monarquía pontificia.

Gregorio VII pretendia tener derecho á la soberanía de todos los reyes de Occidente; Inocencio parece realizar esta elevada ambicion. Dispone de la primera dignidad del mundo cristiano, del Imperio; hace y deshace reyes; los príncipes van á poner su corona á sus piés; á los que se resisten los doblega bajo su voluntad. Jamas habia ejercido el Pontificado una dominacion tan universal; los contemporáneos de Inocencio decian que si hubiese vivido diez años más hubiera sometido toda la tierra á su poder (1). Contemplemos esta monarquía pontificia. Los hombres del pasado la idealizan; echan de ménos los tiempos felices en que el Papa, árbitro de la cristiandad, garantizaba á un tiempo mismo la libertad de los pueblos y los derechos de los príncipes, mantenía la paz y la armonía entre las naciones cristianas, y guiaba á la humanidad por el camino de la salvacion. Veamos si los hechos merecen estos sentidos recuerdos. Si el Pontificado tuviese el poder de dar la unidad, la paz y la armonía al mundo, Inocencio hubiera debido realizar este fin supremo de la humanidad. Viene despues Gregorio VII: la Iglesia está ya reformada; el dominio

(1) *Memoriale Potestatum Regniens.*, en MURATORI, *Script. Rer. Ital.*, t. VIII, p. 1078: «*Iste fuit potens in opere, in tantum ut si viveret magis per decennium, totum mundum subjugasset.*»

espiritual de la Santa Sede no es ya puesto en duda. Aun en el órden temporal, la superioridad del Sacerdocio sobre la Monarquía ha llegado á ser una creencia general: «El poder de los reyes, decian, tiene su principio en los hombres violentos, al paso que la Iglesia está fundada por Dios (1); el Papa, ocupando el lugar de Dios, debe ser omnipotente» (2). Inocencio tiene la firme conviccion de que le pertenece el imperio de las cosas espirituales y de las cosas temporales, y su genio está á la altura de su ambicion. Parece que la Providencia le allana el camino, poniendo fin á la vida del jefe de la casa de los Hohenstaufen, enemigo nato de la Santa Sede; el heredero de Enrique VI es un niño. La Alemania es presa de la anarquía. La Inglaterra es gobernada por un príncipe juguete de viles pasiones. El rey de Francia, hollando la moral, subleva contra sí la opinion pública. Los demas príncipes se anticipan á la ambicion de Inocencio, y se ponen á porfía bajo la proteccion de aquel que dispone de los reinos. Tal es el espectáculo que presenta el pontificado de Inocencio III. Sin embargo, el gran Papa no ha llegado á constituir la monarquía pontificia, objeto de su ambicion; su omnipotencia no es más que aparente. Si triunfa en Alemania, es gracias al asesinato de Felipe de Suabia, y no por la influencia de sus armas espirituales; apénas vencedor, se ve obligado á volver sus armas contra su protegido y á dar la mano á Federico, el enemigo mortal de la Santa Sede. En Inglaterra hay en frente de él un príncipe débil y barones poderosos; el príncipe se hace vasallo de Roma; pero los barones se resisten, y fundan la libertad inglesa, á pesar del Soberano Pontífice. La Francia obedece á la voz de Inocencio, porque el Papa, que reduce á Felipe Augusto á su deber, es el órgano de la justicia eterna; pero la Francia no cree doblegarse bajo el dominio de Roma; ya el rey y sus varones reivindicán la independencia temporal, que será bien pronto consagrada por San

(1) HUGO FLOBIACENS, *de regia potestate et sacerdotali dignitate*, en BALUZE, *Miscell.*, lib. IV, p. 9. HUGO combate esta doctrina, pero confiesa que está generalmente extendida (*longe lateque diffunditur*).

(2) *Memoriale Potest. Regniens.* (MURATORI, VIII, 1078): «*Nam Romanus Pontifex habet utrumque gladium, quia tenet locum Dei viventis á quo utraque potestas data est.*»

Luis. En medio de las victorias del Pontificado se verifican hechos que anuncian la decadencia de su poder. El poder de los soberanos pontífices era esencialmente un poder de opinion; ahora bien, los sentimientos de los hombres toman otra direccion: dejan de ser exclusivamente religiosos, se emancipan del poder espiritual. Inocencio, despues de heróicos esfuerzos para armar á la Europa contra el Asia, logró formar un nuevo ejército de cruzados; ¿cuáles son las empresas de aquellos guerreros señalados con la cruz de Cristo? Atacan á una ciudad cristiana, á pesar de los consejos y á despecho de las excomuniones del Papa (1). Inocencio maldice la toma de Zara, como obra del demonio; prohíbe á los cruzados, obligándolos bajo juramento, atacar á un estado cristiano: «Guárdense de invadir el Imperio griego bajo el pretexto del cisma; no han tomado las armas para castigar á los cristianos, sino para vengar el oprobio del Crucificado» (2). ¡Vanias amenazas! En vez de libertar á Jerusalem, los cruzados arrancan á Constantinopla de manos de príncipes cristianos; no es ya el sepulcro de Jesucristo, sino intereses temporales los que los atraen. El movimiento de los espíritus es todavía más amenazador; se dirige al dogma católico, á la supremacía del Papa. Inocencio ahoga las herejías en olas de sangre, pero esta sangre pide venganza; las llamas de las hogueras son fatales para aquellos que las encienden: el espíritu de secta sobrevivirá á la matanza de los Albigenses y dará lugar á la reforma de Lutero.

¿Por qué no ha conseguido Inocencio constituir la monarquía pontificia? Los partidarios de la Edad Media se forman una falsa idea de los hechos, y con estos errores construyen una teoría igualmente errónea (3). La monarquía pontificia no ha realizado jamas la unidad, la armonía, la libertad de los pueblos. El imperio del Pontificado es una dominacion á la cual ha faltado siempre

(1) INOCENCIO escribió á los cruzados (*Epist.* v, 162): «*Cum crucem tuleritis propter Christum, in eum arma postmodum convertistis, et qui debueratis Saracenorum provinciam expugnare, Christianorum Jaderam occupastis.*» *C. Gesta Innocent.*, c. 85 y sig.

(2) *Gesta Innocent.*, c. 89.

(3) «La libertad, hija de la Iglesia y madre de la civilizacion.» (DE FALLOUX, *Historia de Pio V.*)

fuerza para dar autoridad á sus pretensiones. Inocencio proclama en un lenguaje imperioso su divina supremacía sobre los reyes, pero no puede impedir sus disensiones y sus guerras. La excomunion misma no inspira ya el terror que difundió bajo Gregorio VII. Felipe de Suabia, excomulgado, continúa luchando contra Oton, el protegido del Papa; es sostenido por los príncipes y aun por los obispos. Inocencio llama á todos los cristianos á libertar el sepulcro de Jesucristo, impone la paz á los reyes para unirlos contra el enemigo del nombre cristiano; pero la religion ejerce ménos poder que la ambicion sobre los príncipes; rechazan casi con desden la intervencion de la Santa Sede. Hé aquí cuál era la paz y la armonía del mundo cristiano. ¿Defendia mejor el Pontificado la libertad de los pueblos? El siglo XIII es la aurora de la libertad en Europa; el gobierno constitucional data de 1214. ¿Sé decidió Inocencio por los barones de Inglaterra, que reclamaban garantías contra su miserable rey? Los rayos de Roma hirieron á los que arrancaron la carta magna al vasallo del Papa. Hé aquí cómo el Pontificado garantizó la libertad.

El Pontificado no podia garantizar ni el desarrollo de la inteligencia, ni la paz, ni la libertad. Reposaba en la fe, en un dogma inmutable; ¿cómo habia de favorecer los progresos de la razon? Las hogueras de los herejes, encendidas por Inocencio; la Inquisicion, fundada por él, nos dicen cuál fué la solicitud del Pontificado por la libertad del pensamiento. La verdadera unidad y la armonía implican la existencia de las naciones independientes; ¿cómo habia de existir la independencia de las naciones cuando su soberanía es absorbida por la soberanía de los papas? ¿Cómo habia de establecerse la paz por un poder que á la verdad es órgano de una religion de amor, pero que para imponer la paz tiene que dirigirse á los mismos que quieren la guerra, sin tener más armas á su disposicion que rayos espirituales? El Pontificado no tiene más que una sola mision: ser el lazo necesario de la Iglesia, llamada á moralizar á los pueblos. Inocencio ha sido fiel á esta elevada vocacion; es más grande cuando toma el partido de la esposa desamparada de Felipe-Augusto que cuando hace y deshace reyes.

§ II.—El poder espiritual y el poder temporal.

Las pretensiones de los papas al poder temporal han alejado de la Santa Sede á los reyes celosos por su poder y á los pueblos celosos por su independencia. Los defensores del catolicismo, deseosos de reducir los espíritus á la unidad católica, tratan de persuadir de que la ambicion de la Iglesia no es más que una falsa invencion. Segun ellos, jamas han pensado los papas en usurpar el poder temporal; no han pretendido más que el poder espiritual; si han ejercido una accion sobre las cosas temporales, es una accion indirecta que se desprende del poder espiritual. Las pretensiones de Gregorio VII son ya poco compatibles con la teoría del poder indirecto: ¿es un poder indirecto el que reclama Gregorio, exigiendo á Guillermo el Conquistador el juramento de vasallo? ¿Es al Papa, como jefe de la Iglesia, á quien el Emperador de Alemania presta fe y homenaje? ¿Es como sucesor de los Apóstoles como Gregorio se llama soberano de todos los Estados de la cristiandad? Sin embargo, convenimos en que en Gregorio la ambicion temporal desempeña un papel secundario; es un medio para alcanzar un fin más elevado: la independencia de la Iglesia, la plenitud del poder espiritual, la direccion moral de la sociedad cristiana. Pero bajo Inocencio la lucha por la reforma de la Iglesia y por su independencia ha cesado; el celibato es aceptado por el Sacerdocio, y el Emperador no ejerce ya el derecho de investidura. ¿Cuál es, pues, el fin de la actividad devoradora de Inocencio? ¿De sus luchas en Italia, en Alemania, en Francia, en Inglaterra? El Papa no combate por la libertad de la Iglesia, sino por su dominacion. Él mismo nos dará á conocer sus sentimientos acerca de la supremacia del poder espiritual, acerca del derecho del Pontificado al gobierno del mundo.

Inocencio no dice, como Gregorio, que la monarquía tiene su principio en el demonio; pero desprecia tanto como él el poder temporal. «El primer gobierno del pueblo de Dios, dice, ha sido el régimen sacerdotal.» Este régimen es de mandato divino; Dios

dijo á Moises: «Tomarás á Aaron, tu hermano y sus hijos; los separarás de los demas hijos de Israel, para que me sirvan de sacerdotes.» ¿Por qué el gobierno sacerdotal establecido por Moises ha sido sustituido por la monarquía? Dios dijo á Samuel: «Tu pueblo pide un rey; no es á tí á quien rechaza, sino á mí.» Si Dios concede á los Judíos su peticion, es enmedio de su cólera; la monarquía es un castigo (1). Esta concepcion del Sacerdocio y del Imperio establece entre las dos instituciones la distancia infinita que separa á las obras divinas de los errores humanos (2). Por esto, pues, establece la Sagrada Escritura tal diferencia entre los sacerdotes y los reyes. Segun el derecho divino, los sacerdotes y los reyes son ungidos, pero el sacerdote unge al rey; ahora bien, el que da la uncion está más alto que el que la recibe, porque Jesucristo dice: «*El Padre que lo ha ungido segun su divinidad, es más grande que el que ha sido ungido segun su humanidad.* El Señor da el nombre de dioses á los sacerdotes y el de príncipes á los reyes. Los príncipes tienen poder en la tierra; *los sacerdotes tienen poder en la tierra y en el cielo.* Los reyes tienen accion sobre los cuerpos, *los sacerdotes sobre los cuerpos y sobre las almas.*» Esto en cuanto á la extension de su autoridad? «Cada rey es establecido para su reino; San Pedro supera á todos por la plenitud de su poder, porque es el *Vicario de Aquel á quien pertenecen la tierra, el universo y todos los que la habitan*» (3).

Inocencio se complace en comparar el Pontificado al sol y el Imperio á la luna, para indicar cuán superior á los reyes es el Vicario de Cristo: «El Creador ha establecido en el firmamento de la Iglesia universal dos dignidades; la más notable, el Pontificado, preside á las almas, lo mismo que el sol á los dias; la menor, la monarquía, preside á los cuerpos, lo mismo que la luna á las noches. La primera aventaja á la segunda tanto como el sol á la luna. La luna recibe su luz del sol; es inferior, tanto por la can-

(1) INNOCENT., *Registr. de negotio Imperii, Epist. XVIII* (en las *Cartas de Inocencio*, edic. de BALUZE).

(2) IBID. «*Sacerdotium institutum fuit per ordinationem divinam, regnum autem per extorsionem humanam.*»

(3) INNOCENT. *Registr. de negot. Imperii. Ep. XVIII.*

tividad y calidad como por la situación y el efecto. Del mismo modo el *poder real toma de la autoridad de los papas el esplendor de su dignidad* (1). Hoy nos cuesta trabajo el comprender la importancia que en la Edad Media se daba á esta alegoría; ¿cómo es posible buscar el fundamento del poder pontificio en una comparación arbitraria? El siglo XIII no tenía dificultad alguna en admitir estos singulares argumentos. Pero importan poco las razones en que se fundaba la supremacía del Pontificado; lo que importa es la idea que se formaban los papas de su poder. Inocencio dice y repite que el Soberano Pontífice no es el representante de un hombre, que es el órgano del verdadero Dios sobre la tierra (2). Ante el Pontificado elevado á esta altura, el poder temporal desaparece y se borra, como el hombre ante Dios, como lo finito ante lo infinito. La distinción de los poderes no es más que nominal: «Dios ha dado á San Pedro la misión de gobernar, NO SOLAMENTE LA IGLESIA UNIVERSAL, SINO EL SIGLO ENTERO» (3). En definitiva, no hay más que un solo soberano, el Papa.

§ III.—Dominación universal de Inocencio.

N.º 1.—Inocencio y los reyes.

El pontificado de Inocencio parece realizar esta ambiciosa concepción del Pontificado. Inocencio empieza por librar al patrimonio de San Pedro de la dominación alemana; él es el que consolida el poder temporal de la Santa Sede, cuyos fundamentos había echado Carlo-Magno. Las donaciones de los Carlovingios y de la

(1) INNOCENT. *Epist.* I, 401; — *Epist. ad Imperat. Constantin.* (en los *Gesta Innocent.*, c. 63).

(2) INNOCENT. *Epist.* I, 335: «*Romanus pontifex non puri hominis, sed veri Dei vicem gerit in terris.*» — *Epist.* I, 326: «*Non hominis puri, sed veri Dei vicarius appellatur.*» (*C. Registr. de negot. Imperii, Ep.* 57.)

(3) INNOCENT. *Epist.* II, 209: «*Dominus Petro non solum universam Ecclesiam, sed totum reliquit seculum gubernandum.*»

condesa Matilde eran los títulos del Pontificado; pero le faltaba la fuerza para hacer prevalecer sus pretensiones. Los Hohenstaufen disponían del patrimonio de San Pedro como si no hubiese Vicario de Cristo. No se sabía en Roma quién debía mandar y quién debía obedecer: los derechos del Papa estaban en colisión con los derechos del Emperador y con las aspiraciones republicanas de los ciudadanos. Al día siguiente al de su consagración, Inocencio absolvió al prefecto imperial de su juramento al Emperador y le exigió pleito homenaje. Al mismo tiempo puso fin á la sombra de la libertad romana, destituyendo al senador, órgano de la ciudad (1). Inocencio, señor de la Ciudad Eterna, va á trabajar por ser el señor del universo.

Roma, en los días de su grandeza, asignaba á los cónsules las provincias que estaban por conquistar. Inocencio nombró á dos cardenales sacerdotes para reconquistar la Marca, dos prebostes para someter el ducado de Espoleto. La muerte de Enrique VI y la anarquía que desgarraba á la Alemania, entregaban, por decirlo así, la Italia al primer ocupante. Los señores alemanes á quienes los Hohenstaufen habían entregado aquellas provincias eran odiados como Bárbaros; las ciudades, demasiado débiles para aspirar á la independencia, se dieron por satisfechas con cambiar el yugo del Emperador por la dominación de la Santa Sede. Donde el Papa no podía esperar el Imperio, se contentó con la soberanía. Las ciudades de la Toscana formaban parte del legado de la condessa Matilde; pero como eran demasiado poderosas para que Inocencio pensase en someterlas, les hizo un llamamiento á la libertad: la *liga toscana* se comprometió á no reconocer ningún emperador, rey, duque ó marqués sin la aprobación de la Santa Sede; prometió defender la Iglesia romana y ayudarle á recobrar el patrimonio de San Pedro. En cuanto á las *ciudades lombardas*, continuaron en relaciones amistosas con el Papa (2). Los Güelfos triunfaban; los Gibelinos no tenían ya bandera.

El Mediodía de la Italia y la Sicilia estaba en una dependencia más estrecha del Soberano Pontífice. Desde fines del siglo XI los

(1) *Gesta Innocent.*, c. 8.

(2) *Gesta Innocent.*, c. 9, 10, 12.

Normandos y los papas habían contraído una íntima alianza. Los papas estaban interesadós en tener un apoyo en Italia contra los emperadores; los Normandos, para obtener la consagración de sus conquistas, consintieron en poseer los reinos de Nápoles y de Sicilia como feudos de la Santa Sede. El matrimonio de Enrique VI con la heredera del último rey normando quitó á los papas los frutos de su hábil política: las coronas de Alemania, de Italia, de Nápoles y de Sicilia, reunidas en una sola cabeza, comprometían hasta la existencia del Pontificado; debió su salvación á la muerte de Enrique y á la menor edad de Federico II. La dominación alemana era más detestada en Sicilia que en cualquiera otra parte; la fría crueldad de Enrique VI había sublevado hasta á su mujer Constanza contra los señores extranjeros. La madre de Federico II pidió protección á la Santa Sede; la obtuvo á condición de reconocer la soberanía de la Iglesia romana (1).

La Italia queda sometida en parte á Inocencio y en parte bajo su influencia ó su soberanía; pero la dominación del Papa contiene el germen de nuevas luchas. Federico no es capaz de ser vasallo; el vasallo será bien pronto un rival y un mortal enemigo. Las ciudades italianas son las aliadas del Papa, pero solamente en tanto cuanto tienen un mismo enemigo; el espíritu de libertad desordenada que las agita no es favorable á la dominación de la Santa Sede. En Roma misma el Papa tiene que luchar toda su vida con las facciones rivales. La Italia no ha tenido jamás hacia los soberanos pontífices aquel respecto, aquella sumisión que hallaban en el resto del mundo cristiano; la autoridad de los sucesores de San Pedro parece aumentar con la distancia. En Roma Inocencio tiene que ceder muchas veces ante el furor de los partidos (2); en España, en Noruega, en la Bulgaria, en la Hungría y la Polonia es venerado como el órgano de Dios. Los príncipes

(1) Inocencio declaró ceder á Constanza, en consideración al afecto que su familia había manifestado siempre hacia la Santa Sede, el reino de Sicilia, el ducado de la Apulia y el principado de Cápua á condición de prestar ella y sus descendientes juramento de vasallaje y de pagar un cánón anual. (INNOCENT. Ep. I, 410-412).

(2) *Gesta Innocent.*, c. 137: « Videns ergo dominus papa quod furor erat in cursu, cessit currenti furori, et urbem egressus, in Campaniam declinavit. »

cipes se anticipan á la ambición del Papa; satisfechos con ponerse bajo sus leyes (1), reclaman su intervención. El Rey de Polonia hace un estatuto de familia sobre la sucesión á la corona; para asegurar la obediencia de sus hijos y de sus súbditos suplica al Papa que confirme el acta de repartimiento (2). Felipe Augusto, el poderoso rey de Francia, pide á Inocencio la legitimación de los hijos que ha tenido de un matrimonio reprobado por la Iglesia. El Papa declara « que la Santa Sede ha permitido alguna vez la promoción al episcopado de los hijos ilegítimos y aún de los adúlteros. Si puede legitimarlos para los asuntos espirituales, con mayor razón tiene el derecho de legitimarlos para los asuntos civiles. ¿No sería una cosa monstruosa que el que fuese legítimo para lo espiritual fuese ilegítimo para lo temporal? » El Papa busca en la Sagrada Escritura autoridades en apoyo de estas pretensiones, aunque protestando que no trata de usurpar el poder temporal. « Una ley de Moisés dice que en los asuntos de gran dificultad, cuando las opiniones de los jueces de una ciudad están divididas, es menester ir al lugar que Dios haya escogido y dirigirse á los sacerdotes y al juez soberano del pueblo; manda que se obedezca su decisión bajo pena de muerte. El lugar escogido por Dios no puede ser más que el de Roma; los sacerdotes son los cardenales, el juez soberano el Papa. » Inocencio deduce que todas las cuestiones difíciles, criminales, civiles, eclesiásticas ó profanas, deben ser llevadas á su tribunal, y que se debe obedecer sus decisiones bajo pena de excomunión (3).

Hé aquí al Papa juez universal, soberano; los reyes mismos apoyan su usurpación. Inocencio ejerce, á petición de los príncipes, el derecho más elevado de la soberanía: distribuye coronas. En vano reclaman los legistas en favor del Emperador, jefe temporal de la cristiandad, el privilegio de hacer reyes; la comparación del sol y de la luna amenaza convertirse en realidad; la pálida luz del Imperio desaparece ante el esplendor del astro ponti-

(1) El Rey de Dinamarca escribe á INOCENCIO: « *Quis non gratanter accipiat paternitatem vestram regibus atque principibus præsideri?* » (INNOCENT. Ep. II, 79).

(2) INNOCENT. Epist. XIII, 82.

(3) IBID., Epist. IV, 17; V, 128.

ficio. El príncipe de los Búlgaros pide la corona real al Papa, prometiendo obediencia á la Iglesia romana (1). La sumision de un pequeño príncipe semibárbaro apénas mereceria ser mencionada si las máximas proclamadas en esta ocasion por Inocencio no le diesen una gran importancia; la carta con que envia el Papa las insignias reales al jefe de los Búlgaros es como el manifiesto del Pontificado. Inocencio toma el tono y el lenguaje de un vicario de Dios, para explicar al universo sola ciano la omnipotencia de la Santa Sede: «El Rey de los Reos recibió su Señor de los Señores, Jesucristo, á quien el Padre lo ha de Federis, poniendo el universo á sus piés; á quien pertenece la tierra, y cuanto contiene, y los que la habitan; Aquel ante quien se inclina toda criatura del cielo, de la tierra y de los infiernos, ha escogido por su vicario al Pontífice supremo de la Sede Apostólica y de la Iglesia Romana; lo ha colocado sobre los pueblos y los reinos, confiriéndole el poder de arrancar, de destruir, de dispersar, de edificar y plantar.» Siguen los pasajes de los libros sagrados, sobre los que tienen costumbre los papas de fundar su supremacía; pero las palabras de Inocencio y el fin que se propone exceden en mucho los límites del poder espiritual. No es solamente la Iglesia universal, sino el mundo entero el que ha sido confiado á San Pedro: Dios lo ha asociado á la plenitud de su poder. ¿Cuál es la conclusion de este magnífico lenguaje? «Nosotros que, aunque indignos, ocupamos sobre esta tierra el lugar de aquel que domina sobre todos los reinos, que los da á quien quiere, por quien reinan los príncipes y los reyes, queremos proveer á la salvacion espiritual y á los intereses temporales de los Búlgaros, que hace largo tiempo están separados del seno de su madre. Apoyados en la autoridad de Aquel por quien Samuel ungió á David, te nombramos rey de ellos; te enviamos el cetro y la diadema, te concedemos el derecho de acuñar moneda.» El nuevo rey prestó juramento de ser fiel y obediente á Inocencio, á sus sucesores y á la Iglesia romana» (2).

Otro príncipe fué á Roma en persona á hacerse coronar por

(1) INNOCENT. *Epist.* v, H15.

(2) *IBID.*, *Epist.* VII, 1.

Inocencio. Pedro de Aragon era un verdadero caballero español, que cultivaba la poesia y la música cuando no se batia contra los Árabes. Su orgullo se hallaba lastimado porque los príncipes aragoneses no recibian la corona en medio de las pompas religiosas que acompañaban á la consagracion real: esto era para él la última señal de dependencia y de inferioridad. Quiso hacerse coronar como los demas reyes. Únicamente la autoridad del Papa podia prestarle apoyo contra la resistencia de los grandes de su reino y contra las pretensiones de la Francia. Inocencio lo coronó. El nuevo rey hizo promesa de ser siempre fiel y obediente al Papa y á sus sucesores; prometió conservar su reino en la misma obediencia. No paró ahí la sumision de Pedro de Aragon. Fué, vestido con las insignias reales, al lado de Inocencio en la basílica de San Pedro; depuso allí la corona y el cetro, y entregó su reino al Príncipe de los Apóstoles; despues de esto lo recibió en feudo de manos del Soberano Pontífice. El Rey puso sobre el altar una carta, en la cual dijo: «Creyendo sinceramente que el Papa es el vicario de Aquel que da los reinos y por quien los reyes reinan; deseando ponerme bajo la proteccion de San Pedro, ofrezco mi reino á Inocencio, y por medio de él á la Iglesia romana, y lo hago tributario á perpetuidad de él y de sus sucesores» (1).

El homenaje de Pedro de Aragon y la coronacion del Príncipe de los Búlgaros son la expresion de un mismo pensamiento: el Papa, vicario de Dios, tiene poder, tanto sobre los reinos, como sobre las almas. El ideal de esta doctrina sería que el Papa fuese el soberano de todos los reyes. Los príncipes, bajo el pontificado de Inocencio, parece que se apresuran á prestarse á esta sujecion. Verémos al Rey de Inglaterra declararse vasallo del Papa. El Rey de Portugal empezó por reivindicar la independencía de su corona, negando el pago de un cánon prometido por su padre; se atrevió á poner la mano sobre el obispo de Oporto y á despojar á la Iglesia. Pero no tenía fuerza para luchar con Inocencio; acabó por pagar el censo, y puso al fin su reino bajo la proteccion especial de la Santa Sede. Tambien otros soberanos, el príncipe de

(1) *Gesta Innocent.*, c. 120, 121.